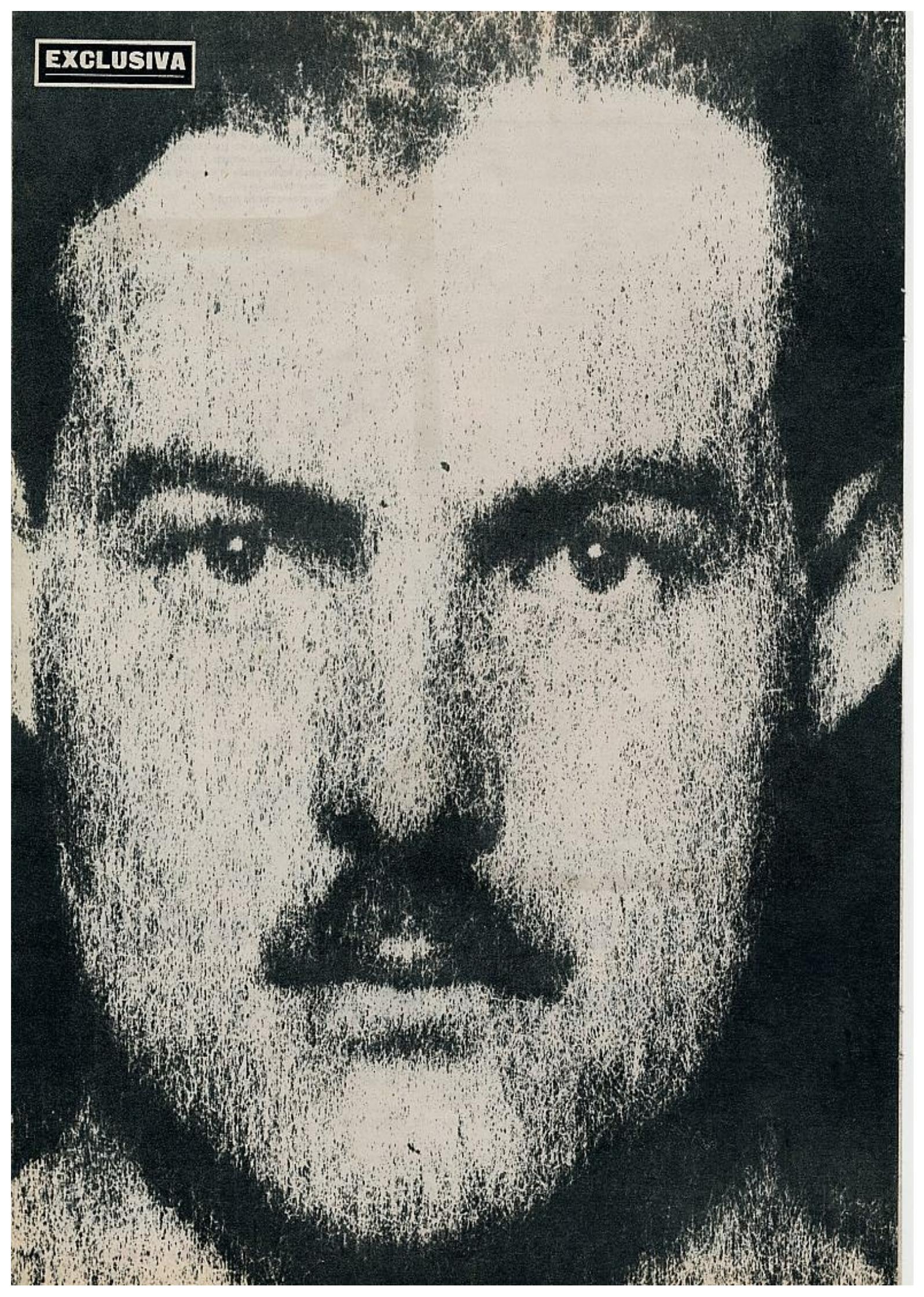


**EXCLUSIVA**



"TRIUNFO" se enorgullece de publicar, a partir de este número, la obra póstuma de Ernest Hemingway, "Paris era una fiesta", que recoge los recuerdos de la estancia del escritor en la capital francesa, de 1921 a 1926. Eran los años en que "la generación perdida", en los cafés de Montparnasse, intentaba salvar el mito de "la vieja Europa". El sexo y el alcohol eran el contrapunto a interminables discusiones sobre literatura, en un ambiente de un vitalismo desenfrenado. Gertrude Stein, Ezra Pound, Ford Madox Ford, Scott Fitzgerald y, sobre todo, la esposa del último, Zelda, son los principales personajes que desfilan por las páginas de un libro que, en palabras de su autor, puede considerarse obra de ficción, teniendo en cuenta "la posibilidad de que una obra de ficción arroje alguna luz sobre cosas que fueron antes contadas como hechos". La visión que Hemingway da de sus amigos es viva, personal, tremendamente cáustica a veces y envuelta siempre en esa fabulosa perspectiva que dan cuarenta años de alejamiento. El amor morboso de Fitzgerald por su mujer, su obsesiva preocupación por su salud, nos lo muestran desde un ángulo hasta hoy inédito; y Zelda —cuya locura adivinara Hemingway desde el principio— se convierte en el personaje central y en una especie de símbolo de todo el grupo que marcó indeleblemente aquellos años. Lleno de color, el libro refleja un mundo hoy desaparecido y que ha pasado al dominio de la leyenda, deformado muchas veces, y sobre el que tanto se ha escrito.

En 1956 Hemingway encontraba, en el hotel Ritz de París, dos baúles en los que se amontonaban borradores, notas y cuadernos de aquella época ya lejana. Luego, de 1958 a 1960, trabajó afanosamente en la redacción definitiva, entre Ketchum, España y Cuba, interrumpiéndola solamente para escribir "El verano sangriento", el libro que narraba la rivalidad de Antonio Ordóñez y Luis Miguel Dominguín en los ruedos durante el año 1959. Naturalmente, no todo lo que a Hemingway le ocurrió en París, en los años en que se desarrolla la acción, está reflejado en su obra; ni todos los hechos, ni todas las personas que tuvo cerca. Según sus propias palabras, "hay secretos, y hay cosas que todo el mundo sabe y de las que todo el mundo ha escrito y sin duda volverá a escribir"... Queda, con el estilo desgarrado de Hemingway, un retrato poderoso en el que, entre una mezcla de causticidad y nostalgia teñida de ternura, renace ante nuestros ojos todo un mundo. Y una obra que, terminada poco antes del trágico fin de su autor, puede servir de clave y aclaración a muchos de los planteamientos éticos y vitales del gran escritor desaparecido.

"TRIUNFO"

## del libro "A MOVEABLE FEAST"



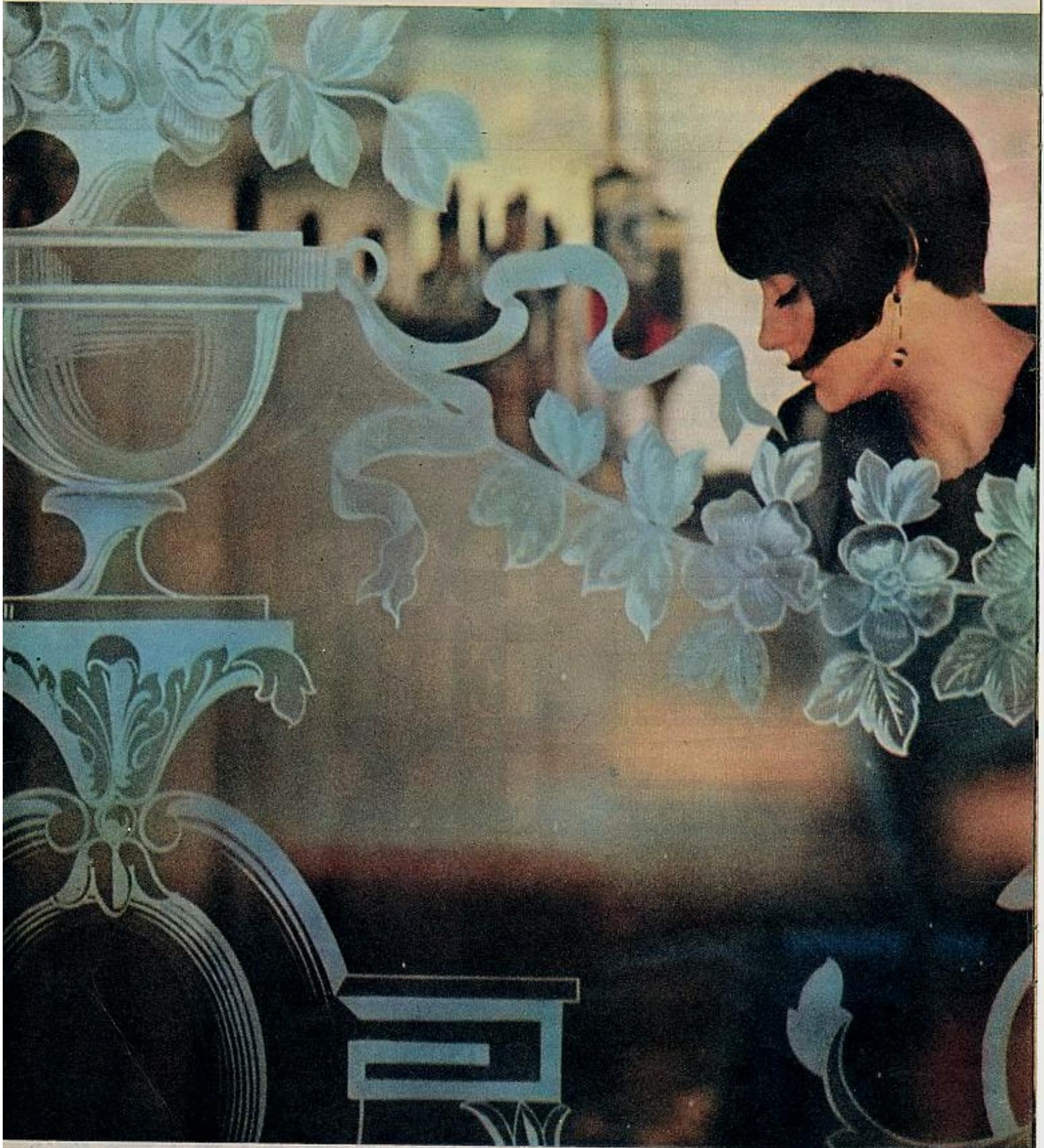
Un día, hace ocho años, Hemingway descubrió un viejo baúl. Lo abrió y encontró París y sus recuerdos. Se encontró a sí mismo. Revivió las imágenes del tiempo en que su rostro era joven y en su corazón cabían todas las esperanzas.

# PARIS ERA UNA FIESTA

Por Ernest  
HEMINGWAY

del libro  
"A MOVEABLE FEAST"

El mundo de los cafés de París  
fue el escenario de esta obra maestra de la literatura  
del siglo XX. El autor, el periodista  
francés, describe la vida de los cafés  
de París en un lenguaje claro y preciso.  
El libro es una obra maestra de la  
literatura del siglo XX.



UNA CHICA ENTRO EN EL CAFE Y SE SENTO JUNTO A LA VENTANA. ERA MUY LINDA, DE CARA FRESCA COMO UNA MONEDA RECIEN ACUÑADA. Y EL PELO ERA NEGRO...

Fotografías en color de  
**GORDON PARKS**

Fotos en negro de  
**MAN RAY, U.P.I. y COLECCION STEIN**

Traducción de  
**GABRIEL FERRATER**

## UN BUEN CAFE DE LA PLACE SAINT-MICHEL

**P**ARA colmo, el mal tiempo. Se nos echaba encima en un solo día, al acabarse el otoño. Teníamos que cerrar las ventanas de noche por la lluvia y el viento frío arrancaba las hojas a los árboles de la Place de la Contrescarpe. Las hojas se pudrían de lluvia por el suelo y el viento arrojaba lluvias al gran autobús verde en la parada del término y el «Café des Amateurs» se llenaba y el calor y el humo de dentro empañaban los cristales. Era un café tristón y mala sombra y allí se concentraban los borrachos del barrio y yo me guardaba de entrar porque olía a cuerpo sucio y la borrachera olía acre. Los hombres y mujeres que frecuentaban el «Amateurs» andaban bebidos casi siempre, o sea, siempre que el dinero les alcanzaba; generalmente pedían vino, litros o medios litros. Había anuncios de aperitivos con nombres raros, pero casi nadie era bastante rico, o, en todo caso, echaban un cimiento de aperitivo para luego edificar su trompa de vino. A las borrachas las llamaban «poivrottes», que quiere decir alcohólico, pero en mujer.

El «Café des Amateurs» era la sentina de la rue Mouffetard, aquel encanto de callejuela con tiendas y puestos de mercado que iba a la Place de la Contrescarpe. En las viejas casas de vecindad, los retretes de cucillas, uno en cada piso dando a la escalera, con las dos eminencias en forma de zapato a cada lado del agujero, de cemento y con una cuadrícula para que el «locataire» no resbalara, se depositaban en sentinas a las que vaciaban de noche con una bomba y volcaban en la cuba de un carro de caballos. En verano, con todas las ventanas abiertas, oíamos la bomba y el olor era fuerte. Los carros con las cubas iban pintados en marrón y azafrán, y rue Cardinal Lemoine arriba, a la luz de la luna, los cilindros con

ruedas tras sus caballos parecían cuadros de Braque. Pero nadie vaciaba el «Café des Amateurs» y el aviso amarillo en la pared que daba a los horarios y las penas de ordenanza para la embriaguez pública se veía cagado de moscas y desdeñado en la medida misma en que los clientes eran permanentes y malolientes.

Toda la tristeza de la ciudad se nos echó encima de pronto con las primeras lluvias frías del invierno y al pasear no se les veía remate a los caserones blancos; sólo el negro húmedo de la calle y las puertas cerradas de los tenduchos, los herbolarios, las tiendas de papelería y periódicos, la comadrona (de segunda clase) y el hotel donde Verlaine murió y yo tenía alquilado un cuarto en el último piso y allí trabajaba.

Calculé que eran seis u ocho tramos hasta el último piso y que hacía mucho frío, y me sabía cuánto valían unas cuantas ramitas de pino, más tres manojos de teas atadas con alambre y largas como medio lápiz, y cuando el fuego de las ramitas prende en las teas hay que tener uno de aquellos haces de leña medio húmeda, y con menos no se enciende la chimenea como para calentar el cuarto. De modo que pasé a la otra acera y miré al tejado aguantando la lluvia, para ver si había chimeneas con humo y qué tal salía el humo. Pero no se veía ningún humo y pensé que la chimenea estaría fría y el tiro iba a ser un problema, y a lo mejor el cuarto se me llenaba de humo y desperdiciaba la leña y el dinero se me iba en nada y eché a andar bajo la lluvia. Pasé ante el Lycée Henri IV y aquella iglesia antigua de Saint-Etienne-du-Mont y por la Place du Panthéon que el viento barría, y doblé a la derecha para guarecerme y, al fin, alcancé el lado de sotavento del Boulevard Saint-Michel, y aguanté, caminando más allá del Cluny en la esquina del Boulevard Saint-

SIGUE

Germain, hasta que llegué a un buen café que ya conocía, en la Place Saint-Michel.

Era un café simpático, caliente y limpio y amable, y colgué mi vieja gabardina a secar en la percha y puse el fatigado sombrero en la rejilla de encima de la banqueta, y pedí un café con leche. El camarero me lo trajo, me saqué del bolsillo de la chaqueta un cuaderno y un lápiz y me puse a escribir. Estaba escribiendo un cuento que pasaba allá en Michigan, y como el día era crudo y frío y resoplante, un día así hizo en mi cuento. Por entonces, ya los fines de otoño se me habían echado encima de niño y de muchacho y de joven, y, puestos a describirlos, en unos lugares salía mejor que en otros. A eso se le llama trasplantarse, pensé, y a lo mejor les conviene tanto a las personas como a otras especies cuando crecen. Pero en mi cuento los amigos bebían unas copas y me entró sed y pedí un ron «Saint James». Sabía a maravilla con aquel frío y seguí escribiendo, sintiéndome muy bien y sintiendo que el buen ron de la Martinica me corría, cálido, por el cuerpo y por el espíritu.

Una chica entró en el café y se sentó sola a una mesa junto a la ventana. Era muy linda, de cara fresca como una moneda recién acuñada, si vamos a suponer que se acuñan monedas en carne suave de cutis fresco de lluvia, y el pelo era negro como ala de cuervo y le daba en la mejilla un limpio corte en diagonal.

La miré y me turbó y me puse muy caliente. Ojalá pudiera meterla en mi cuento o meterla en alguna parte, pero se había situado como para vigilar la calle y la puerta, o sea, que esperaba a alguien. De modo que seguí escribiendo.

El cuento se estaba escribiendo solo y trabajo me daba seguirle el paso. Pedí otro ron «Saint James» y sólo por la muchacha levantaba los ojos, o aprovechaba para mirarla cada vez que afilaba el lápiz con un sacapuntas y las virutas caían rizándose en el platillo de mi copa.

Te he visto, monada, y ya eres mía, por más que esperes a quien quieras y aunque nunca vuelva a verte, pensé. Eres mía y todo París es mío y yo soy de este cuaderno y de este lápiz.

Luego otra vez a escribir, y me metí tan dentro en el cuento que allí me perdí. Ya lo escribía yo y no se escribía solo, y no levanté los ojos ni supe la hora ni guardé noción del lugar ni pedí otro ron «Saint James». Estaba harto de ron «Saint James» sin darme cuenta de que estaba harto. Al fin el



GERTRUDE STEIN —SENTADA ANTE SU MESA DE TRABAJO— Y SU AMIGA ALICE TOKLAS EN LA CASA DEL 27 DE LA RUE DE FLEURUS, QUE TANTO VISITÓ HEMINGWAY. LA STEIN ERA VOLUMINOSA, PERO NO ALTA. TENIA OJOS HERMOSOS Y FACCIONES RUDAS.

cuento quedó listo y yo cansado. Leí el último párrafo y luego levanté los ojos y busqué a la chica y se había marchado. Por lo menos que esté con un hombre que valga la pena, pensé. Pero me dio tristeza.

Cerré el cuaderno con el cuento dentro y lo metí en el bolsillo de la cartera, y pedí al camarero una docena de portuguesas y media jarra del blanco seco que allí servían. Al terminar un cuento me sentía siempre vaciado y a la vez triste y contento, como si hubiera hecho el amor, y aquella vez estaba seguro de que era un buen cuento, aunque para saber hasta dónde era bueno había que esperar a releerlo al día siguiente.

Comiendo las ostras con su fuerte sabor a mar y su deje metálico que el vino blanco fresco limpiaba, dejando sólo el sabor a mar y la pulpa sabrosa y bebiendo el frío líquido de cada concha y perdiéndolo en el neto sabor del vino, dejé atrás la sensación de vacío y empecé a ser feliz y a hacer planes.

Ya que el mal tiempo había llegado, nos convenía cambiar un

poco París por un lugar donde aquella lluvia fuera nieve cayendo entre pinos y cubriendo la carretera y las laderas empinadas, a una altura bastante para que la nieve nos crujiera al andar de vuelta a casa por la noche. Al pie de Les Avants había un chalet con una pensión estupenda, donde estaríamos juntos y con los libros, y calientes en la cama juntos por la noche con las ventanas abiertas y las estrellas brillando. Era el lugar que nos convenía. Viajar en tercera no es caro. La pensión cuesta poco más de lo que gastamos en París.

Dejando el cuarto de hotel donde escribía, quedaba sólo el alquiler de 74 rue Cardinal Lemoine que era nominal. Tenía trabajo hecho para periódicos de Toronto que todavía no había cobrado. Cosas para periódicos las podía escribir en cualquier lugar y de cualquier humor y el dinero del viaje lo teníamos.

Tal vez, lejos de París podría escribir sobre París tal como en París era capaz de escribir sobre Michigan. Pero no me daba cuenta de que eso era prematuro, por-

que todavía no conocía París bastante bien. Aunque llegó un día en que fue verdad. En todo caso, la cosa entonces era marcharnos si mi mujer quería, y terminé las ostras y el vino y pagué la cuenta, y tomé el camino más corto para subir a la Montagne Sainte-Geneviève atravesando la lluvia, que, por entonces, era ya un fenómeno climático local mientras que antes nos transformaba la vida y llegué al piso en la cumbre de la loma.

—Me parece muy buena idea, Tati —dijo mi mujer. Tenía una cara de modelado suave y los ojos y la sonrisa se le iluminaban ante cada decisión ofrecida, como si fuera un regalo de valor—. ¿Cuándo nos marchamos?

—Cuando quieras.

—Yo quiero en seguida. ¿No lo sabes ya?

—A lo mejor se pone estúpido y claro cuando volvamos. Muchas veces es una maravilla cuando se pone claro y frío.

—Sí que se pondrá de maravilla —dijo ella—. Me hace mucha ilusión. Has tenido una buena idea.

# MIS CONVERSACIONES CON GERTRUDE STEIN

**C**UANDO volvimos a París los días eran claros y fríos y maravillosos. La ciudad se había puesto en armonía con el invierno, vendían leña buena en la carbonería de enfrente y muchos buenos cafés habían puesto braseros fuera, de modo que podíamos sentarnos al calor de las terrazas. Teníamos el piso caliente y alegre. En la chimenea quemábamos «boulets», o sea, polvo de carbón comprimido en forma de huevo, y por las calles era hermosa la luz de invierno. Ya nos habíamos acostumbrado a los árboles desnudos rayando el cielo, y paseábamos por la gravilla rociada de las sendas del Luxemburgo bajo el viento vivo y claro. Si nos conformábamos con los árboles sin

vistas a todos los tejados y chimeneas de aquel barrio en pendiente. La chimenea del cuarto tenía buen tiro y se estaba caliente y se trabajaba a gusto. Me subía mandarinas y castañas asadas en bolsas de papel, y comía las mandarinas menudas y arrojaba mondas y escupía las pipas al fuego, y cuando tenía hambre comía también castañas asadas. Siempre tenía hambre, de tanto andar y frío y trabajar. En el cuarto guardaba una botella de kirsch que trajimos de la montaña, y echaba un trago de kirsch cuando se acercaba el fin de un cuento o el fin de una jornada de trabajo. Cuando daba por concluido el trabajo de un día, guardaba el cuaderno o los papeles en el cajón

te. Pero a veces, cuando empezaba un cuento y no había modo de arrancar, me sentaba ante la chimenea y apretaba una cáscara de mandarina y caían gotas en la llama y yo observaba el chisporroteo azulado. De pie, miraba los tejados de París y pensaba: «No te preocupes. Hasta ahora has escrito y seguirás escribiendo. Lo único que tienes que hacer es escribir una frase verídica. Escribe una frase tan verídica como sepas». De modo que al cabo escribía una frase verídica, y a partir de allí seguía adelante. Entonces se me daba fácil porque siempre había una frase verídica que yo sabía o había observado o había oído decir. En cuanto me ponía a escribir como un estilista, o como uno que presenta o exhibe, resultaba que aquella labor de filacterio y de voluta sobraba, y era mejor cortar y poner en cabeza la primera sencilla frase indicativa verídica que hubiera escrito. En aquel cuarto tomé la decisión de escribir un cuento sobre cada cosa que me fuera familiar. Tenía esa intención presente siempre que escribía y me daba una disciplina buena y severa.

En aquel cuarto aprendí también a no pensar en lo que tenía a medio escribir, desde el momento en que me interrumpía hasta que volvía a empezar al día siguiente. Así mi subconsciente hacía su parte de trabajo y entre tanto yo escucharía lo que se decía y me fijaría en todo con suerte; y aprendería, con suerte; y leería para no pensar en mi trabajo y volverme impotente para rematarlo. Bajar la escalera cuando el trabajo se me daba bien, en lo cual entraba la suerte tanto como la disciplina, era una sensación maravillosa, y luego estaba libre para pasear por todo París.

Podía elegir entre varias calles para bajar por la tarde hasta el jardín del Luxemburgo, y paseaba por el jardín y entraba en el Musée du Luxembourg donde estaban las grandes pinturas que luego trasladaron al Louvre y al Jeu-de-Paume. Iba casi cada día por los Cézanne, y por ver los cuadros de Manet y Monet y los

demás impresionistas con los que tuve un primer contacto en el Art Institute de Chicago. Iba yo aprendiendo algo en la pintura de Cézanne, y resultaba que escribir sencillas frases verídicas distaba buen trecho de lograr que un cuento encerrara todas las dimensiones que yo quería meterle. Iba aprendiendo mucho de aquel hombre, pero entonces no sabía expresarme bastante como para decirselo a nadie. Además era un secreto. Pero en cuanto me faltaba luz en el Luxemburgo, cruzaba los jardines y subía al apartamento en forma de estudio donde vivía Gertrude Stein, en el 27 de la rue de Fleurus.

Mi mujer y yo visitamos a Miss Stein, y tanto ella como la amiga con quien vivía estuvieron muy cordiales y amistosas, y nos gustó mucho aquel gran estudio con sus cuadros de primera. Era como una de las mejores salas de un museo admirable, con la diferencia de que allí había una gran chimenea y se estaba caliente y cómodo, y nos daban bien de comer y té y licores naturales de ciruelas rojas o amarillas o de moras silvestres. Eran aguardientes aromáticos e incoloros, que traían en jarras de cristal tallado y servían en copitas minúsculas, y tanto el «quetsch» como la «mirabelle» o la «framboise» sabían a los frutos de que provenían, un sabor transformado en fuego discreto y reservado que al ponerlo en la lengua se soltaba y nos confortaba con su calidez.

Miss Stein era muy voluminosa pero no alta, de arquitectura maciza como una labriega. Tenía unos ojos hermosos y unas facciones rudas, que eran de judía alemana pero hubieran podido muy bien ser friulanias, y yo tenía la impresión de ver una campesina del norte de Italia cuando la miraba con sus ropas y su cara expresiva y su fascinador, copioso y vívido cabello de inmigrante, peinado en un moño alto que seguramente no había cambiado desde que era una muchacha. Miss Stein hablaba sin parar y al principio de nuestra amistad no hablaba más que de personas y de lugares.



hojas podíamos mirarlos como esculturas, y los vientos de invierno se veían soplar en los estanques y estaba su soplo en los surtidores a la luz límpida. Todas las distancias se nos hacían cortas, ahora que volvíamos de las sierras.

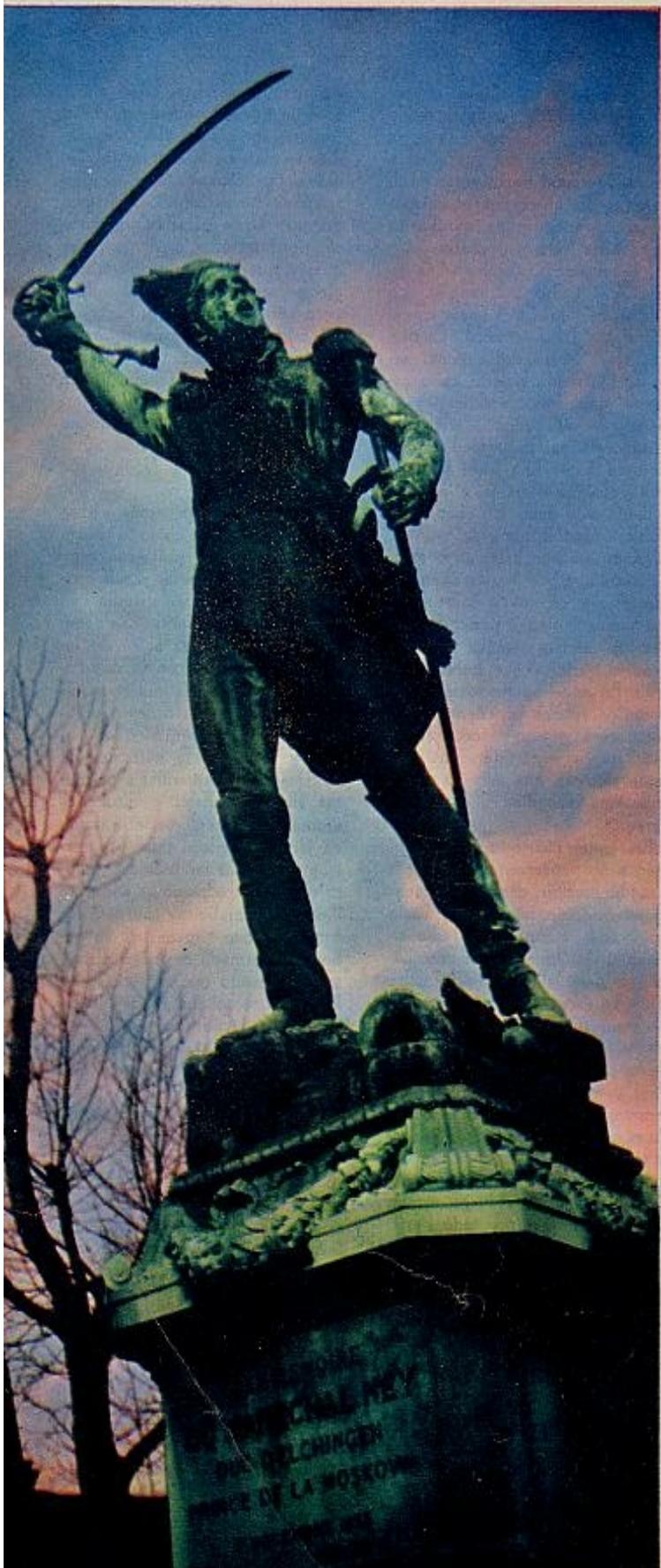
Gracias al cambio de altura, si alguna vez notaba las pendientes de las lomas era con agrado, y daba gusto subir hasta el último piso del hotel donde me encerraba a trabajar, en un cuarto con

de la mesa y si quedaban mandarinas me las metía en el bolsillo. Se hubieran helado por la noche en aquel cuarto.

Era una maravilla bajar los largos tramos de escaleras y tener conciencia de que el trabajo se me había dado bien. Cada día seguía trabajando hasta que una cosa tomaba forma, y siempre me interrumpía cuando veía claro lo que tenía que seguir. Así estaba seguro de continuar al día siguiente.

SIGUE

LA ESTATUA DEL MARISCAL NEY EN MONTPARNASSE.  
"TODAS LAS GENERACIONES SE PIERDEN POR ALGO Y SIEMPRE SE  
HAN PERDIDO Y SIEMPRE SE PERDERAN Y ME SENTE EN LA  
CLOSERIE PARA HACER COMPANIA  
A LA ESTATUA Y ME TOME UNA CERVEZA"...



Su compañera tenía una voz muy agradable, era pequeña y muy morena, peinada como Juana de Arco en los dibujos de Boutet de Monvel, y de nariz muy gan-chuda. Estaba haciendo un bor-dado cuando nuestra primera vi-sita, y siguió con su labor mien-tras atendía a la comida y la be-bida y daba conversación a mi

mujer. Su costumbre era sostener un diálogo y escuchar otros dos e intervenir a menudo en un diá-logo que no era el suyo. Más ade-lante me explicó que ella estaba encargada de dar conversación a las esposas. Mi mujer y yo nos dimos cuenta de que a las esposas sólo se las toleraba. Pero Miss Stein y su amiga nos eran simpá-



*CUANDO LAS LLUVIAS FRIAS PERSISTIAN Y MATABAN LA PRIMAVERA, ERA COMO SI UNA PERSONA JOVEN MURIERA SIN RAZON*

ticas, aunque la amiga asustaba un poco. Los cuadros y los pasteles y los aguardientes eran de verdadera maravilla. Al parecer también a ellas les éramos simpáticos y nos trataban como si fuéramos niños muy buenos y bien educados y precoces, y tuve la impresión de que nos perdonaban el estar enamorados y casados (con

el tiempo, ya nos enmendáramos), y cuando mi mujer las invitó para el té, aceptaron.

Cuando vinieron a casa pareció que todavía nos cogían más cariño, pero tal vez fuera porque el piso era tan pequeño y nos acercaba mucho más unos a otros. Miss Stein se sentó en la cama que era un sommier en el suelo

y quiso ver los cuentos que yo tenía escritos y le gustaron, salvo uno que se titulaba «Allá en el Michigan».

—Es bueno —dijo—, eso no se discute. Pero es «inaccrochable», no se puede colgar. Quiero decir que es como un pintor que pinta un cuadro y luego cuando hace una exposición no puede colgar-

lo en público y nadie se lo va a comprar porque tampoco pueden colgarlo en una habitación.

—¿Pero no piensa usted que tal vez no sea indecente, que uno pretende sólo emplear las palabras que los personajes emplearían en la realidad? ¿Que hacen falta esas palabras para que el cuento suene a verdadero y no hay más

**SIGUE**

remedio que emplearlas? Son necesarias.

—Es que no se trata de eso —dijo ella—. Uno no debe escribir nada que sea «inacrocachable». No se saca nada con hacer eso. Es una acción mala y tonta.

Ella, por su parte, quería que la publicaran en el «Atlantic Monthly», según me dijo, y estaba segura de conseguirlo. Dijo que yo no era bastante buen escritor para aquella revista o para el «Saturday Evening Post» aunque tal vez tuviera un estilo nuevo de escribir a mi manera, pero lo primero que tenía que meterme en la cabeza era no escribir cuentos que fueran «inacrocachables». No se lo discutí ni intenté volver a explicar la intención de mis diálogos. Era asunto mío y me interesaba más escuchar que hablar. Aquella tarde me enseñó también el modo de comprar cuadros.

—Uno puede comprarse vestidos o cuadros —dijo—. Eso es todo. Hay que ser riquísimo para permitirse ambas cosas a la vez. Déle poca importancia al vestir y no le dé ninguna a la moda, cómprese vestidos cómodos y que duren, y con lo ahorrado en vestir podrá comprar cuadros.

—Pero es que aunque no me compre otro traje en mi vida —dijo—, nunca tendré dinero para comprar los Picassos que quisiera.

—No, claro. No está a su alcance. Usted tiene que comprar a pintores de su edad, a chicos de su quinta. Ya les conocerá. Se encontrarán por el barrio. Siempre salen nuevos pintores serios y buenos. Pero lo que importa no son los trajes que usted pueda comprarse. Se tratará siempre de su esposa. Vestir a una mujer es lo que sale caro.

Vi que mi mujer procuraba no mirar las extrañas ropas de batalla con que Miss Stein se cubría, y que lo lograba. Las dos señoritas nos dejaron sin retirarnos su favor a lo que me pareció, y fuimos invitados a volver al 27 de la rue de Fleurus.

Algún tiempo después yo fui invitado a pasar por el estudio a cualquier hora después de las cinco, todo el invierno. Encontré a Miss Stein en el Luxemburgo. No logro recordar si estaba paseando a su perro, ni siquiera si tenía un perro entonces. Yo me estaba paseando a mí mismo, porque entonces no podíamos mantener ni perro ni gato, y mis únicos gatos conocidos eran los de los cafés o restaurantillos, o los grandes gatos que se hacían admirar en las ventanas de las porterías. Más adelante, a menudo encontré a Miss Stein con su perro en los jardines del Luxemburgo, pero me parece que por entonces todavía no lo tenía.

En todo caso, con perro o sin perro, acepté su invitación, y me acostumbré a dejarme caer por el estudio, y ella me servía siempre el «eau-de-vie» natural, y ponía puntillo en servirme otra copa, y yo miraba los cuadros y charlábamos. Los cuadros me entusiasmaban y la charla era muy buena. Ella hacía el gasto y me hablaba de pintura moderna y de los pintores, más como personas que como pintores, y me hablaba de su propia obra. Me enseñó los muchos tomos que tenía manuscritos y que su compañera iba pasando a máquina. Dedicar cada día cierto tiempo a escribir la hacía feliz, pero a medida que la fui conociendo mejor me di cuenta de que para sostener su felicidad hacía falta que aquella producción diaria, incesante pero variable según su energía, se publicara y tuviera éxito.

La crisis no era todavía aguda cuando la conocí, gracias a que tenía publicados tres relatos perfectamente inteligibles para todo el mundo. Uno de ellos, «Melantha», era muy bueno, y unas muestras buenas de sus experimentos de estilo se habían publicado en un volumen y las habían elogiado los críticos que eran amigos o conocidos suyos. Ella tenía tanta personalidad que cuando quería ganarse a alguien no había modo de resistirse, y muchos críticos que la visitaron y vieron sus cuadros dieron por buenos escritos suyos que no alcanzaban a comprender, simplemente porque ella les entusiasmaba como persona y porque tenían confianza en su sentido crítico. Por otra parte, en cuestiones de ritmo y de emplear palabras repetidas ella había descubierto verdades válidas y valiosas, y sabía comentarlas.

Pero le repugnaba el trabajo jornalero de retocar y corregir, y contra la obligación de hacerse entender se sublevó, por mucha que fuera su necesidad de que la publicaran y la aceptaran oficialmente, sobre todo en el libro increíblemente largo que tituló «The Making of Americans».

El libro empezaba espléndidamente, marchaba muy bien por un largo trecho con pasajes de brillantez majestuosa, y luego se prolongaba interminablemente con repeticiones que un escritor más concienzudo y menos gandul hubiera tirado a la papelera. Llegué a conocerme la obra muy bien cuando convencí (o la verdad, tal vez obligué) a Ford Madox Ford a publicarla por entregas en «The Transatlantic Review», sabiendo que duraría más que la revista. Tuve que corregir en vez de Miss Stein todas las galeradas de la revista, porque ese era trabajo que no la hacía feliz.

## UNA GENERACION PERDIDA

**N**ADA más fácil de adquirir que el hábito de pasar por el 27 de la rue de Fleurus al caer la tarde, por amor a la lumbre y los cuadros magníficos y la conversación. Muchas veces yo era el único visitante, y Miss Stein estuvo siempre muy amable y por un tiempo cariñosa. Cuando yo volvía de un corto viaje por una conferencia política o al próximo Oriente o a Alemania, enviado por el periódico canadiense o por la agencia de noticias para la que trabajaba, ella me hacía contar todas las anécdotas divertidas. Siempre había incidentes chuscos que le gustaban, y le encantaban también los cuentos de un cómico macabro, lo que los alemanes llaman «humor de horca». Miss Stein quería estar al tanto de la parte alegre de lo que ocurría por el mundo; nunca las partes reales, nunca las partes malas.

Yo era joven y no melancólico, y en los peores momentos ocurrían siempre cosas extravagantes y cómicas, y a Miss Stein le gustaba oír las contar. De otras cosas yo no hablaba, pero las escribía por mi cuenta.

Cuando no había viaje reciente que contar, pero me dejaba caer por la rue de Fleurus al terminar mi trabajo, a veces procuraba que Miss Stein hablara de libros. Mientras estaba trabajando en algo mío, me resultaba necesario leer al acabar de escribir. Si uno sigue pensando en lo que escribe, pierde el hilo, y al día siguiente no hay modo de continuar. Yo necesitaba hacer ejercicio, cansarme el cuerpo, y, además, era buena cosa hacer el amor con la persona que uno amaba. No había nada mejor que eso. Pero luego, vacío, era una necesidad leer para no pensar en el trabajo ni preocuparse hasta el momento de reemprenderlo. Por entonces ya me había adiestrado a no secar nunca el pozo de lo que escribo, y a pararme siempre cuando todavía queda algo en lo hondo del pozo, y a dejar que por la noche lo volvieran a llenar las fuentes de que se nutre.

Para no pensar en lo que esta-

ba escribiendo, muchas veces, después del trabajo, leía cosas de escritores de aquel momento, tales como Aldous Huxley o D. H. Lawrence o cualquier libro nuevo que encontraba en la librería de Sylvia Beach o en un puesto de los «quais».

—Huxley es un cadáver —me dijo un día Miss Stein—. ¿Por qué va usted a leer a un cadáver? ¿No se da cuenta de que es un cadáver?

Yo no sabía entonces darme cuenta de que era un cadáver y dije que sus libros me divertían y me distraían de pensar.

—Debería usted leer sólo lo verdaderamente bueno o lo francamente malo.

—Me he pasado todo este invierno y el otro invierno leyendo libros verdaderamente buenos, y el próximo invierno lo pasaré igual, y los libros francamente malos no me gustan.

—¿A qué leer esa basura? Es basura puesta en conserva, créame, Hemingway. Obra de un cadáver.

—Me gusta estar al tanto de lo que escriben por ahí —dijo—. Y me distrae de lo que yo escribo.

—¿Qué otras cosas está leyendo?

—A D. H. Lawrence —dijo—. Tiene cuentos muy buenos, uno que se llama «El oficial prusiano».

—Intenté leer sus novelas. No hay modo. Es sentimental e insensato y risible. Tiene un estilo de enfermo.

—«Hijos y amantes» y «El pavo blanco» me gustaron —dijo—. Bueno, el segundo tal vez no tanto. Lo que no pude terminar son las «Women in Love».

—Ya que no le gusta leer lo malo, le recomendaré una cosa que le absorberá y que es una maravilla en su género. Tiene que leer a Marie Belloc Lowndes.

Nunca había oído hablar de ella; pero Miss Stein me prestó «The Lodger», esa maravilla de relato basado en Jack el Destripador, y además otro libro de un crimen en un pueblo cerca de París, que estoy seguro que es Enghien-les-Bains. Eran dos libros espléndidos para después del tra-

bajo, con personajes verosímiles y con una acción y un terror que nunca suenan a hueco. Eran perfectos para leer cuando uno había pasado el día trabajando, y me leí todos los Belloc Lowndes que existían. Pero un buen día se me acabaron y, además, ninguno estaba a la altura de aquellos dos primeros, y no encontré nada tan bueno para llenar los vacíos del día o de la noche hasta que salieron las primeras buenas cosechas de Simenon.

Me parece que a Miss Stein le hubiera gustado el buen Simenon (el primero que yo leí fue o «L'écluse numéro 1» o «La maison du canal»), pero no estoy seguro, porque en la época en que frecuenté a Miss Stein no le gustaba leer en francés, aunque le encantaba hablarlo. Fue Janer Flanner quien me pasó los dos primeros Simenon que leí. Ella tenía afe-

ción a leer francés y había descubierto a Simenon cuando el hombre aún hacía reportajes de crímenes.

En los tres o cuatro años en que fuimos buenos amigos no logro recordar que Gertrude Stein hablara bien de ningún escritor, a no ser que hubiera escrito en favor de ella o hecho algo en beneficio de su carrera, salvo en el caso de Ronald Firbank y más tarde de Scott Fitzgerald. Cuando empecé a tratarla no decía nada de Sherwood Anderson como escritor, pero hablaba con fervor de su persona y de sus grandes ojos de italiano hermosos y cálidos, y de su bondad y su encanto. A mí me importaban un bledo sus grandes ojos de italiano hermosos y cálidos, pero me gustaban mucho algunos cuentos suyos. Eran sencillos de estilo y a veces muy hermosos de estilo, y conocía muy

bien a las gentes sobre las que escribía y sentía por ellas una honda cordialidad. Miss Stein no quería hablar de sus cuentos y siempre volvía a su persona.

—¿Y qué me dice de sus novelas? —le pregunté. Pero ella no quería hablar de las obras de Anderson, de la misma manera que no quería hablar de Joyce. Si alguien mencionaba dos veces a Joyce en su casa, no se le invitaba nunca más. Era como si uno estuviera hablando con un general y le habla bien de otro general. Es un error que después de cometido una sola vez uno aprende a no repetir. Claro que a un general siempre se le puede hablar bien de otro general que ha sido derrotado por el general a quien uno habla. El general con quien uno habla hará elogios magníficos del general derrotado y luego se le caerá la baba contando con todo detalle cómo le derrotó.

Los cuentos de Anderson eran demasiado buenos para que resultara un acierto tomarlos como tema de conversación. Yo estaba dispuesto a hablar a Miss Stein de cómo me desconcertaba la maldad de las novelas de Anderson, pero sería otra metedura de pata, porque significaría criticar a uno de los más leales defensores de Miss Stein. Cuando al fin él se descolgó con una novela llamada «Dark Laughter», tan atrocemente mala y boba y afectada que no pude contenerme y la parodié en «Torrentes de primavera», Miss Stein se enfadó de verdad. Yo había atacado a alguien que formaba parte de su escenografía. Pero antes hubo un largo período en que por esa parte no vinieron enfados. Ella misma se puso a elogiar a Anderson con prodigalidad en cuanto se vio que era un escritor acabado.

Miss Stein estaba furiosa contra Ezra Pound porque se había sentado con demasiado abandono en una silla pequeña y frágil y, sin duda, incómoda, y que es muy posible le ofrecieran adrede, y la torció o la rompió. El hecho de que él fuera un gran poeta y un hombre cordial y generoso, y que cabía perfectamente en una silla

de tamaño normal, no se le tenía en cuenta. Las razones de su antipatía a Ezra, según ella las expone con destreza y malicia, se las inventó años más tarde.

Estábamos de vuelta del Canadá y vivíamos en la rue Notre-Dame-des-Champs, y Miss Stein y yo éramos todavía buenos amigos, cuando ella lanzó el comentario ése de la generación perdida. Tuvo pegas con el contacto del viejo «Ford T» que entonces conducía, y un empleado del garaje, un joven que había servido en el último año de la guerra, no puso demasiado empeño en reparar el «Ford» de Miss Stein, o tal vez, simplemente, le hizo esperar su turno después de otros vehículos. El caso es que se decidió que el joven no era «sérieux» y que el patrón del garaje le había reñido severamente de resultados de la queja de Miss Stein. Una cosa que el patrón dijo fue: «Todos vosotros sois «une génération perdue».

—Eso es lo que son ustedes. Todos ustedes son eso —dijo Miss Stein—. Todos los jóvenes que sirvieron en la guerra. Son una generación perdida.

—¿De veras? —dije.

—Lo son —insistió—. No le tienen respeto a nada. Se emborrachan hasta matarse...

—¿Estaba borracho ese joven mecánico? —pregunté.

—Claro que no.

—¿Usted me ha visto alguna vez borracho?

—No. Pero sus amigos son unos borrachos.

—A veces me he emborrachado —dije—. Pero no la visito a usted cuando estoy borracho.

—Desde luego que no. No dije eso.

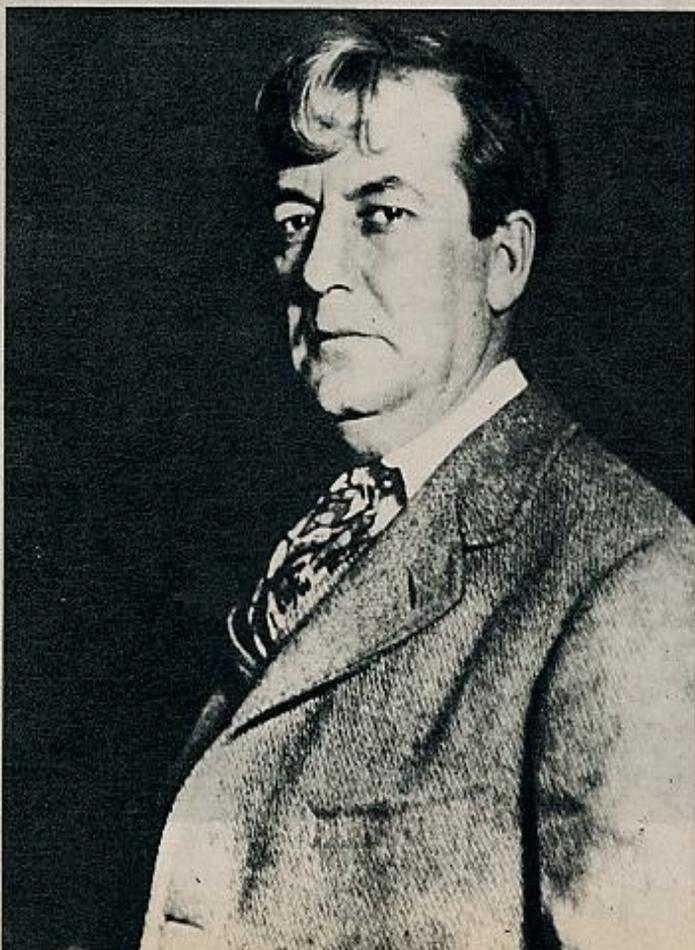
—El patrón de ese muchacho estaba probablemente borracho a las once de la mañana —dije—. Así le salen de hermosas las frases.

—No me discuta, Hemingway —dijo Miss Stein—. No le hace ningún favor. Todos ustedes son una generación perdida, exactamente como dijo el del garaje.

Cuando, luego, puse las palabras del dueño del garaje referidas por Miss Stein como epigrafe

SIGUE

SHERWOOD ANDERSON EN 1928. SUS CUENTOS ERAN DEMASIADO BUENOS PARA QUE A LA STEIN LE AGRADARA HABLAR DE ELLOS...



LA RUE NOUFFETARD... AQUEL ENCANTO DE CALLEJUELA CON TIENDAS Y PUESTOS DE MERCADO QUE IBA A LA PLAGE DE LA CONTRESCARPE



de mi primera novela, procuré equilibrarlas con una cita del «Eclesiastés». Pero aquella noche, mientras caminaba de vuelta a casa, pensé en el muchacho del garaje y me pregunté si alguna vez le habrían transportado en uno de aquellos vehículos que reparaba, precisamente un «Ford T», cuando los tenían convertidos en ambulancias. Me acordé de cómo se quemaban sus frenos bajando por las carreteras de montaña con toda una carga de heridos hasta que para frenar había que poner

«Closierie des Lilas» y la luz daba en mi viejo amigo, la estatua del mariscal Ney blandiendo su espada con las sombras de los árboles en su bronce, y allí estaba él bien solito y nadie seguía su avance, y en menudo fregado se metió en Waterloo, pensé que todas las generaciones se pierden por algo y siempre se han perdido y siempre se perderán, y me senté en la «Closierie» para hacer compañía a la estatua y me tomé una cerveza muy fría antes de volver a casa, al piso de encima de

la calle «à bas Guillaume», y Apollinaire, en su delirio, creía que iba por él, y me dije, voy a hacer cuanto esté en mi mano por serle útil y para que se den cuenta de que ha escrito cosas muy buenas, y lo haré siempre que pueda, con la ayuda de Dios y de Miguelito Ney. Pero al cuerno con sus sermones de generación perdida y con toda la porquería de etiquetas que cualquiera puede ir por ahí pegando. Cuando llegué a casa y crucé el patio y subí las escaleras y me



ISLA DE LA GITE. "YO CONOCIA A VARIOS PESCADORES DE LOS QUE SE PONIAN EN LOS PUNTOS BUENOS DEL SENA."

la primera y finalmente la marcha atrás, y de cómo los últimos ejemplares que quedaban fueron despenados por una pendiente, vacíos, para que tuvieran que reemplazarlos por grandes «Fiat» con buenos cambios en H y con frenos metálicos. Pensé en Miss Stein y en Sherwood Anderson y en lo que significan el egoísmo y la pereza mental frente a la disciplina, y me dije: ¿quién trata a quién de generación perdida? Y cuando llegué a la altura de la

la serrería. Pero mientras estaba allí sentado frente a mi cerveza, mirando la estatua y pensando en los muchos días que Ney pasó peleando en retaguardia en la retirada de Moscú, cuando Napoleón ya había tomado la delantera en el coche con Caulaincourt, me acordé de que Miss Stein había sido una amiga buena y cariñosa y qué hermosas cosas decía de Apollinaire y contando su muerte en el día del armisticio en 1918 cuando la multitud chillaba por

encontré a mi mujer y a mi hijo y a «F. Fuss», que era el gato de mi hijo, todos contentos y con un fuego en la chimenea, le dije a mi mujer:

—Sabes, Gertrude es una buena mujer, al fin y al cabo.

—Claro que lo es, Tat.

—Pero a veces dice la mar de disparates.

—Nunca la he oído hablar —dijo mi mujer—. Yo soy una esposa. A mí me da conversación su amiga.

SIGUE

# SHAKESPEARE AND COMPANY

EN aquellos días no había dinero para comprar libros. Yo los tomaba prestados de Shakespeare and Company, que era la biblioteca circulante y librería de Sylvia Beach, en el 12 de la rue de l'Odéon. En una calle que el viento frío barría, era un lugar caldeado y alegre, con una gran estufa en invierno, mesas y estantes de libros, libros nuevos en los escaparates, y en las paredes fotos de escritores, tanto muertos como vivos. Las fotos parecían todas instantáneas, e incluso los escritores muertos parecían estar realmente en vida. Sylvia tenía una cara vivaz de modelado anguloso, ojos pardos tan vivos como los de una bestezuela y tan alegres como los de una niña, y un ondulado cabello castaño que peinaba hacia atrás partiendo de su hermosa frente y cortaba a ras de sus orejas y siguiendo la misma curva del cuello de las chaquetas de terciopelo que llevaba. Tenía las piernas bonitas y era amable y alegre y se interesaba en las conversaciones, y le gustaba bromear y contar chismes. Nadie me ha ofrecido nunca más bondad que ella.

La primera vez que entré en la librería estaba muy intimidado y no llevaba encima bastante dinero para suscribirme a la biblioteca circulante. Ella me dijo que ya le daría el depósito cualquier día que me fuera cómodo, y me extendió una tarjeta de suscriptor y me dijo que podía llevarme los libros que quisiera.

No había razón para que ella confiara en mí. No me conocía, y la dirección que le di, en el 74 de la rue Cardinal-Lemoine, no era como para inspirar optimismo. Pero Sylvia estuvo encantadora y sonriente y cordial, y a sus espaldas, subiendo hasta el techo y entrando en la trastienda que daba al patio, se desplegaban, estante tras estante, las riquezas de la librería.

Empecé por Turguenev y me llevé los dos tomos de las «Memorias de un cazador», más uno de los primeros libros de D. H. Lawrence, creo que era «Hijos y amantes», y Sylvia me dijo que me lle-

vara más libros si lo deseaba. Escogí la traducción de Constance Garnett de «La guerra y la paz», y «El jugador», de Dostoyevski.

—Tardará usted en volver si tiene que leerse todo eso —dijo Sylvia.

—Volveré a pagarle —dije—. Tengo dinero en casa.

—No, si no es por eso —dijo—. Me pagará cuando le vaya bien.

—¿Cuándo viene por aquí Joyce? —pregunté.

—Si viene, acostumbra ser a última hora de la tarde —dijo—. ¿No le conoce usted?

—De vista, en Michaud, cuando comía con su familia —dijo—. Pero no le he visto bien, porque no se debe mirar a la gente cuando come, y, además, Michaud es caro.

—¿Come usted en casa?

—Ahora sí, la mayoría de las veces —dije—. Tenemos una buena cocinera.

—No hay ningún restaurante cerca de donde vive usted, ¿verdad?

—No. ¿Cómo lo sabe usted?

—Larbaud vivía por allí —dijo—. ¿Le gustaba mucho el barrio, salvo por eso.

—Para encontrar un restaurante bueno y barato hay que ir más allá del Panteón.

—Yo conozco poco aquel barrio. Nosotros comemos en casa. Tiene usted que venir alguna vez con su esposa.

—Antes de invitarme, espere a que le pague —dije—. Pero se lo agradezco mucho.

—No lea con prisas —dijo.

El piso de la rue Cardinal-Lemoine tenía dos habitaciones sin agua caliente y sin más dispositivo higiénico que un recipiente con antiséptico, que de todos modos no era molesto para una persona acostumbrada a las letrinas de los patios de Michigan. Con su buena vista, y con su buen colchón y somier que armaban una cama cómoda aunque baja, y cuadros que nos gustaban en las paredes, era un piso alegre y simpático. Al llegar con mis libros, le conté a mi mujer mi maravilla de hallazgo.

—Pero, Tatie, tienes que ir a pagar esta misma tarde —dijo ella.

—Claro que voy a ir —dije—. Iremos juntos. Y luego pasaremos por el río siguiendo los muelles.

—Iremos por la rue de Seine y entraremos en todas las exposiciones y miraremos los escaparates.

—Estupendo. Podemos ir a cualquier parte y nos metemos en un café nuevo donde nadie nos conozca y tomaremos una copa.

—Podemos tomar dos copas.

—Entonces también podemos cenar en alguna parte.

—Eso no. No olvides que hay que pagar en la librería.

—Bueno, volveremos y cenaremos aquí y tendremos una buena cena y para beber compraremos vino de Beaune, de éste de la cooperativa de enfrente que marca el precio en el escaparate. Y luego leeremos un rato y nos iremos a la cama y haremos el amor.

—Y yo te querré siempre a ti, y tú siempre a mí.

—Siempre. Y a nadie más.

—Seremos felices toda la tarde y toda la noche. Y ahora vamos a almorzar.

—Estoy muerto de hambre —dijo—. He estado trabajando en el café y no he tomado más que un cortado.

—¿Qué tal el trabajo?

—Me parece que bien. Veremos. ¿Qué hay para comer?

—Unos rábanos y un buen «foie de veau» con puré de patatas y escarola. Y tarta de manzana.

—Y tendremos para leer todos los libros del mundo y cuando nos marchemos de viaje nos los podremos llevar.

—¿Hay derecho a hacer eso?

—Claro que sí.

—¿Tiene también a Henry James?

—Claro que sí.

—Hombre —dijo ella—. Qué suerte encontrar eso.

—Siempre estamos de suerte —dijo, y como un necio no toqué madera. Y en un piso que tenía madera por todas partes.

## GENTE DEL SENA

SE podían seguir varios caminos para bajar hasta el río desde lo alto de la rue Cardinal-Lemoine. El más corto consistía en seguir calle abajo, pero era una pendiente empinada, y después de dar en el llano y atravesar el tráfico denso al comienzo de boulevard Saint-Germain, uno desembarcaba en un barrio aburrido, asomando al río por un muelle sórdido y ventoso que tenía a la derecha la Halle-aux-Vins. La tal Halle no era un mercado como cualquier otro de París, sino una especie de almacén de puerto franco donde se guardaba vino mediante el pago de cierto impuesto, y por fuera era tan deprimente

como un cuartel o un campo de concentración.

Atravesando un brazo del Sena se llegaba a la Ile Saint-Louis, con sus calles estrechas y sus viejas casas altas y hermosas; pero en vez de cruzar el río, uno podía doblar a la izquierda y caminar a lo largo de los muelles, viendo al otro lado la longitud de la Ile Saint-Louis y luego la Cité, con Notre-Dame.

En los puestos de libros que hay en el pretil de los muelles uno encontraba a veces libros americanos recién publicados y los vendían muy baratos. Entonces, el restaurante de «La Tour d'Argent»

tenía encima unas cuantas habitaciones y las alquilaban ofreciendo un descuento en las comidas, y si los inquilinos, al marcharse, dejaban algún libro en la habitación, el «valet de chambre» los vendía a un puesto cercano, y la dueña del puesto los daba por muy poco dinero. No tenía ninguna confianza en los libros escritos en inglés, apenas pagaba nada por ellos, y los revendía por un beneficio mínimo, pero rápido.

—¿Son buenos? —me preguntó una vez cuando nos habíamos hecho amigos.

—A veces se encuentra uno bueno.

—¿Y cómo hay modo de distinguirlos?

—Yo los distingo leyéndolos.

—Bueno, pero es un juego de azar. ¿Y cuánta gente hay que sepa inglés?

—Guárdemelos y yo les daré una ojeada.

—No. No puedo guardarlos. Usted no pasa con regularidad. Está demasiado tiempo sin venir. Tengo que venderlos en cuanto puedo. Nadie me garantiza que tengan algún valor. Si resulta que no valen nada, me quedo sin venderlos.

—¿Y cómo distingue usted si un libro francés vale algo?

—Primero depende de si tiene ilustraciones. Luego, según que las ilustraciones sean buenas o malas... Luego está la encuadernación. Si un libro es bueno, el que lo compra se lo hace encuadernar bien. Los libros ingleses vienen todos encuadernados, pero mal. No hay modo de formarse un juicio.

Pasado aquel puesto cerca de «La Tour d'Argenti», para encontrar otro que vendiera libros americanos e ingleses había que llegar al Quai des Grands-Augustins. Allí se encontraban varios, hasta más allá del Quai Voltaire, que tenía libros comprados al personal de los hoteles de la Rive Gauche, sobre todo al Hotel Voltaire, que tenía una clientela más rica que los otros. Un día, a otra dueña de puesto, que también era amiga mía, le pregunté si alguna vez los mismos propietarios iban a vender sus libros.

—Nunca —me dijo—. Los tiran. Por eso sabemos que no tienen valor.

—Es que muchas veces se los regaló algún amigo para leer en el barco.

—No lo dudo —dijo—. Y muchos deben olvidarlos en el barco.

—Sí —dijo—. Y la compañía los recoge y los hace encuadernar

y forman las bibliotecas de los barcos.

—Bueno, eso es algo —dijo—. Por lo menos así están bien encuadernados. Un libro bien encuadernado sí que tiene valor.

Yo paseaba por los muelles al terminar mi trabajo o cuando intentaba reflexionar y organizarme las ideas. Me resultaba más fácil reflexionar mientras andaba y hacía algo, o mientras miraba a la gente hacer algún trabajo que supieran hacer bien. En el extremo de la isla de la Cité, debajo del Pont-Neuf, donde está la estatua de Henri IV y la isla termina en punta afilada como una proa de barco, había un jardincillo al borde del agua con unos hermosos castaños, robustos y de copa ancha, y con las corrientes y remolinos que el Sena forma al fluir se encuentran excelentes puntos de pesca. Uno baja al jardín por una escalera, y puede observar a los pescadores que están allí mismo o debajo del gran puente. Los puntos buenos para la pesca cambian según el nivel del río, y me acuerdo de que los pescadores usaban cañas muy largas con varias secciones enchufadas, pero pescaban con hilo muy fino y anzuelo ligero, con flotadores de plumas y exploraban con mucha pericia la parte de agua que les correspondía. Siempre pescaban algo y a veces hacían muy buena pesca de gobios, un pescado que es una delicia en fritura, y yo era capaz de comerme sartenes enteras. Eran pescados gordos y de pulpa suave, de sabor incluso mejor que la sardina fresca, y los comíamos con espinas y todo.

Uno de los mejores lugares para comerlos era un restaurante al aire libre, río arriba en Bas-Meudon, a donde íbamos cuando teníamos dinero para hacer una excursión lejos de nuestro barrio. Se llamaba «La Pêche Miraculeuse» y tenían un espléndido vino blanco por el estilo del «muscadet». Era un lugar salido de un cuento de Maupassant, con un panorama de río de cuadro de Sisley. Pero no había necesidad de llegar tan lejos para comer el «goujon». Se comían muy buenas frituras en la Ile Saint-Louis.

Yo conocía a varios pescadores de los que se ponían en los puntos buenos del Sena entre la Ile Saint-Louis y el Square du Vert-Galant, y a veces cuando hacía un día hermoso me compraba un litro de vino y un pan y salchichón y me sentaba al sol a leer algún libro recién comprado también y a mirar cómo pescaban.

Los viajeros que escriben libros sobre París hablan de los pesca-

dores del Sena como si fueran unos chalados que nunca sacan nada; pero la verdad es que se trata de una pesca seria y fructífera. La mayoría de los pescadores eran jubilados con pequeñas pensiones que entonces todavía no sabían si iban a parar en nada con la inflación, o fanáticos de la pesca que aprovechaban la primera jornada o media jornada libre. Había mejor pesca en Charenton, donde el Marne desemboca en el Sena, o río arriba o abajo de París, pero también se encontraba muy buena pesca en París mismo. Yo no pescaba porque no tenía aparejos y prefería ahorrar para irme de pesca a España. Además, entonces no sabía nunca cuándo iba a tener un día libre o cuándo tendría que salir de viaje por cuenta del periódico, y no quería enredarme en una pesca que a veces se daba bien y a veces se daba mal. Pero la observaba con atención y era interesante y provechoso conocer la técnica, y siempre me alegraba que hubiera pescadores en la ciudad dedicados a una pesca sensata y metódica, que llevaban buenas frituras a sus casas.

Con los pescadores y toda la vida del río mismo, las hermosas gabarras con su vida a bordo, los trenes de gabarras de los que tiraba un remolcador con chimeneas que se plegaban para pasar bajo los puentes, los grandes olmos en los muelles de piedra y los plátanos y en algunos puntos los álamos, yo nunca me sentía solo paseando por el río. Con tanto árbol en la ciudad, uno veía acercarse la primavera de un día a otro, hasta que después de una noche de viento cálido venía una mañana en que ya la teníamos allí. A veces, las espesas lluvias frías la echaban otra vez y parecía que nunca iba a volver, y que uno perdía una estación de la vida. Eran los únicos períodos de verdadera tristeza en París, porque eran contra naturaleza. Ya se sabía que el otoño tenía que ser triste. Cada año se le iba a uno parte de sí mismo con las hojas que caían de los árboles, a medida que las ramas se quedaban desnudas frente al viento y a la luz fría del invierno. Pero siempre pensaba uno que la primavera volvería, igual que sabía uno que fluiría otra vez el río aunque se helara. En cambio, cuando las lluvias frías persistían y mataban la primavera, era como si una persona joven muriera sin razón.

En aquellos días, de todos modos, al fin volvía siempre la primavera, pero era aterrador pensar que por poco nos podía fallar.

COPYRIGHT HEMINGWAY  
LTD-SEIX BARRAL  
Y "TRIUNFO", 1964

EN  
EL PROXIMO  
NUMERO  
segunda parte  
de  
**"PARIS ERA  
UNA FIESTA"**  
Por Ernest  
HEMINGWAY